

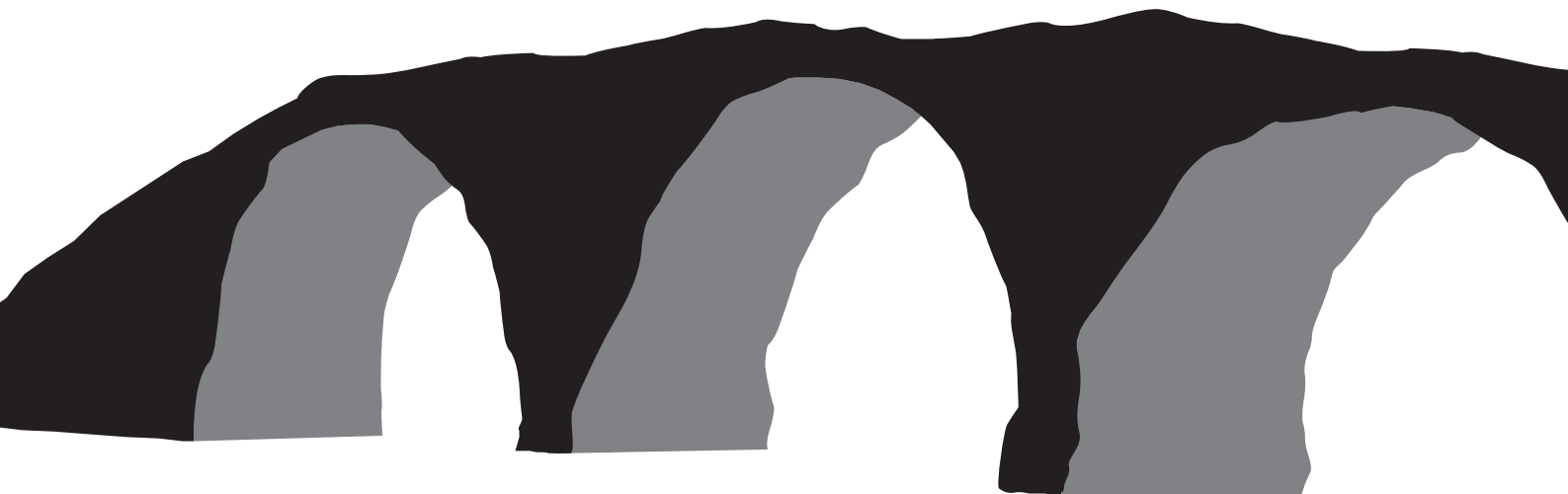
VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica

Volume 2 | Número 1 | Janeiro – Junho 2008

ISSN 1981-5875

LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN EN ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

Kathleen Deagan



LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN EN ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA*

Kathleen Deagan

INTRODUCCIÓN

La arqueología histórica no constituye una nueva sub-área de la arqueología. Sin embargo, su aparición como una sub-área legítima en la conciencia de la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos es relativamente reciente. Muchos de los trabajos más tempranos conducidos por arqueólogos en Europa fueron parte de la arqueología histórica, en tanto se encontraron asociados con civilizaciones documentadas de alguna forma por registros escritos. Los orígenes de la arqueología en el siglo XV dieron paso a una tradición que puso de relieve los sitios clásicos de Grecia, Roma y las tierras bíblicas (Braidwood 1960:6-8; Rowe 1965; Daniel 1967:15). Esta tradición empleó documentos y objetos como herramientas de investigación. Por supuesto, otras ramas de la arqueología se desarrollaron en Europa desde ese entonces, acentuando el estudio de la prehistoria y la historia desde una perspectiva de desarrollo histórico-cultural.

En Norteamérica, algunas de las investigaciones arqueológicas más tempranas también involucraron sitios de períodos históricos, como la excavación de un enterratorio algonquino realizada en 1622 por los colonos de Plymouth (Young 1841; Schuyler 1976:27). En un sentido bastante moderno, los métodos de la arqueología histórica fueron aplicados en 1797 para dirimir una disputa política entre Gran Bretaña y los recientemente independizados Estados Unidos. La disputa involucraba el curso del río St. Croix, tal como había sido mapeado por Champlain. Este río establecía la frontera que separaba los territorios norteamericanos de los británicos tras la guerra revolucionaria. Para solucionar este problema, se condujeron prospecciones y sondeos que buscaron localizar el asentamiento francés de St. Croix. El mismo había sido registrado por Champlain, pero posteriormente había sido abandonado. Los restos de las estructuras y artefactos de St. Croix fueron localizados, ayudando a resolver la disputa sobre la línea de frontera (Schuyler 1976:27-28).

A pesar de estos ejemplos tempranos sobre arqueología histórica en Norteamérica, esta área de estudios no desempeñó un rol activo y constante durante un largo período de tiempo. No fue hasta mediados de 1960 que la arqueología histórica alcanzó un status formal, e incluso desde ese entonces hubo una considerable confusión sobre qué era, qué hacía o qué debía realmente hacer. Ello generó la “crisis de identidad” que se discute a continuación, la cual perdura —hasta cierto punto— entre nosotros hasta nuestros días.

* “Avenues of Inquiry in Historical Archaeology” fue originalmente publicado en *Advances in Archaeological Method and Theory*, editado por Michael Schiffer en 1982. La traducción al español con las autorizaciones necesarias, fue realizada por Melisa A. Salerno.

Esta crisis de identidad se reflejó en la falta de acuerdo entre los arqueólogos históricos sobre el nombre y la definición adecuada del área. Estas discusiones condujeron a la asignación de rótulos, con diversos grados de restricciones, sobre el potencial tema de interés de las investigaciones (Schuyler 1970). En la actualidad, *la arqueología histórica* constituye el término frecuentemente empleado por los especialistas. Ello sucede bajo la premisa que su competidor más cercano y un tanto engorroso, *la arqueología de sitios históricos*, centra su interés en sitios de importancia histórica antes que en sitios de relevancia cultural.

Se pueden encontrar diversas definiciones que enfatizan, en mayor o menor medida, la presencia del registro documental como el rasgo distintivo de la arqueología histórica. Algunos ejemplos incluyen “*el estudio de los restos materiales de cualquier período histórico*” (Schuyler 1970:119) y “*la arqueología de la dispersión de las culturas europeas a lo largo del mundo desde el siglo XV, así como su impacto sobre los grupos indígenas*” (Deetz 1977a:5). Noël Hume (1960:12) define la arqueología como “*el estudio de los restos materiales del pasado remoto y reciente, en relación con la historia documental y la estratigrafía en que se los encuentra*”. Mientras tanto, de acuerdo a Stanley South (1977:1) “*los estudios que usan información arqueológica e histórica han comenzado a ser llamados arqueología histórica*”.

Por diversas razones de énfasis y restricciones en el tema de estudio, ninguna de estas definiciones ha resultado completamente satisfactoria a todos los arqueólogos históricos. Por ejemplo, la definición de Schuyler —quizás demasiado elegante— da a entender a los incautos que los restos materiales en sí mismos constituyen el centro de interés de la arqueología histórica, antes que los sistemas culturales que los producen. De forma similar, el planteo de South puede aplicarse a diversos estudios contemporáneos que usan indistintamente información histórica y arqueológica (Manucy 1978; Hall 1981). A partir del trabajo de Deetz, surgieron diversas líneas de investigación que difícilmente podrían ser integradas por esta propuesta, como el estudio de la cultura afro-americana, la cultura asiático-americana y el período victoriano. Haciendo a un lado su enigmática construcción, la definición de Noël Hume involucra un énfasis sobre la historia documental con el que no todos los arqueólogos históricos se sienten cómodos.

A pesar de sus diferencias, las definiciones anteriormente presentadas comúnmente incluyen referencias sobre el uso de información arqueológica e histórica en las investigaciones. De esta manera, concuerdan en que el período de tiempo abarcado por la disciplina comienza —en el caso de Norteamérica— en una fecha posterior a 1492. El tema sugerido incluye restos materiales y comportamientos pasados. A partir de ello, la mayor parte de los investigadores probablemente coincide en señalar que la arqueología histórica incluye el estudio de los comportamientos humanos mediante restos materiales, para los que la historia escrita afecta su interpretación.

En sólo dos décadas, la arqueología histórica realizó un rápido progreso teórico, pasando de intereses descriptivos y cronológicos, a estudios sobre procesos culturales,

cognición y principios arqueológicos. Este fenómeno ha sido acrecional, en tanto los objetivos más tempranos aún resultan perseguidos por los investigadores (incluso cuando se encuentran interesados en problemas y temas más contemporáneos). Actualmente, la arqueología histórica es una disciplina compleja que incorpora principios de otras áreas de estudio y realiza contribuciones a distintas ciencias, tanto dentro como fuera de la antropología.

Por su manejo excepcional de todos los contextos de comportamiento humano (según Schuyler, “*la palabra hablada, la palabra escrita, el comportamiento preservado, y el comportamiento observado*” [1977]) (ver también Brown 1974), la arqueología histórica ha sido capaz de realizar contribuciones diferentes a las de otras líneas de investigación. La información documental sobre las variables sociales, temporales y económicas del pasado permite investigar los procesos culturales que las afectaron, y las formas en que ellas influenciaron esos mismos procesos. De manera similar, el acceso simultáneo de los arqueólogos históricos a declaraciones emic (documentos) y etic (información arqueológica) sobre las condiciones del pasado permite estudiar los procesos de comportamiento involucrados en la percepción humana, así como los medios de manipulación y acción asociados al ambiente.

Sin embargo, es en parte debido a estas circunstancias que la arqueología histórica actualmente se encuentra en una posición difícil. La mayor parte de los arqueólogos históricos contemporáneos intenta definir el área como una sub-disciplina de la antropología. Ello se asocia a sus potencialidades únicas para entender el comportamiento humano, así como también al hecho de que la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos son educados en departamentos de antropología. A pesar de todo, el área se encuentra simultáneamente relacionada con otras disciplinas no-antropológicas que frecuentemente recuperan información relevante a sus intereses por intermedio de la arqueología histórica. Ello resulta particularmente cierto en el caso de la historia y la arquitectura aplicadas. A diferencia de la arqueología prehistórica, la arqueología histórica comparte sus temas de interés con disciplinas que formulan preguntas muy diferentes sobre cuestiones similares. Por este motivo, el proceso de auto-definición del área resulta un tanto más complejo.

Las dificultades involucradas en el reconocimiento y entendimiento de la arqueología histórica como campo académico también fueron acentuadas por las relaciones entre arqueólogos prehistóricos e históricos durante el desarrollo temprano de estas áreas. Aunque durante la década de 1960 la mayor parte de los arqueólogos históricos se había formado en los mismos departamentos que los arqueólogos prehistóricos, aún prevalecía una cierta ambivalencia sobre la forma en que los sitios de períodos históricos debían ser abordados por la arqueología norteamericana. Parte de esta ambivalencia se asociaba con los sesgos que definían la arqueología antropológica, los cuales privilegiaban las culturas no-occidentales como centro de interés de las investigaciones (cf. Fontana 1965). Al menos en parte, estos sesgos se asociaban a la aparición relativamente abrupta e intrusiva de las sociedades con escritura en la historia cultural de Norteamérica, lo que

brindaba una división natural entre los temas de estudio. La orientación de la antropología norteamericana comúnmente apoyó esta separación. Desde los orígenes del área en el siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la antropología norteamericana enfatizó el estudio de grupos nativo-americanos y el desarrollo de síntesis histórico-culturales (Willey y Sabloff 1974: Caps. 3 y 4). Sin embargo, la actitud ambivalente respecto de la legitimidad del análisis de sitios euro-americanos disminuyó —y quizás se disolvió— hacia las primeras décadas del siglo XX. Especialmente, ello se debió al esfuerzo realizado por Norteamérica durante su bicentenario. Este evento no sólo transformó el período colonial en un tema popular y oportuno, sino que también proveyó los fondos para ampliar la escala de la arqueología histórica.

La separación estricta entre *historia* y *prehistoria* en Norteamérica contrasta con las ideas de muchos arqueólogos formados en Europa (cf. Noël Hume 1969). Probablemente debido a la dispersión gradual y variable de la escritura en el Viejo Mundo, los arqueólogos europeos no suelen utilizar un punto específico en el tiempo (o la presencia de documentos) para diferenciar la historia de la prehistoria. Por ejemplo, en 1951 Christopher Hawkes (1951:1) sugirió que “*la prehistoria, desde la colonización neolítica de Europa en adelante, es clasificada según el grado en que nuestro conocimiento (a medida que ascendemos en la escala) depende de la presencia de materiales históricos*”. En referencia a la discusión de Hawkes, Grahame Clark ofreció una clasificación de la prehistoria y la historia que incluyó la prehistoria autónoma (datos para los que no existen referencias escritas), la *prehistoria secundaria* (culturas sin escritura que necesitan ser estudiadas en relación a la civilización contemporánea) y la *historia* (la civilización) (Clark 1954:7-9).

Durante las primeras décadas del siglo XX, los arqueólogos norteamericanos expresaron pocas dudas sobre el hecho de que la prehistoria autónoma formaba parte del dominio de los arqueólogos prehistóricos; y la historia, de los arqueólogos históricos. La prehistoria secundaria no se encontraba tan bien definida, y era estudiada tanto por arqueólogos prehistóricos como históricos.

La siguiente discusión analiza el desarrollo de la arqueología histórica y sus efectos sobre el trabajo de los arqueólogos históricos en la actualidad. También identifica y evalúa diversas orientaciones, así como sus contribuciones en una diversidad de intereses académicos.

DESARROLLO Y SURGIMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA EN ESTADOS UNIDOS

Se pueden encontrar ejemplos aislados de arqueología histórica a lo largo del siglo XIX. En 1856, el trabajo de James Hill en el hogar de Miles Standish (Deetz 1077:29-30) resultó representativo de un período temprano en que el sitio solía ser hogar de una figura histórica importante. En este caso, vale la pena recordar que Hill fue ingeniero civil antes que arqueólogo.

Hacia fines del siglo XIX, la Sociedad Histórica de Nueva York emprendió diversas investigaciones con el objetivo de recobrar información sobre los objetos y la vida en

los campos militares de la guerra revolucionaria y la guerra de 1812. Las excavaciones fueron conducidas en lo que ahora son los distritos de Washington Heights y Kingsbridge (Bronx) por funcionarios de la Sociedad, quienes cuidadosamente registraron y reportaron los hallazgos (Calver y Bolton 1950).

Durante principios del siglo XX, el énfasis sobre sitios de relevancia histórica y la participación de no-arqueólogos en las excavaciones caracterizaron gran parte de los estudios. El desarrollo de un programa nacional de Preservación Histórica en las primeras décadas del siglo condujo al fortalecimiento de la arqueología histórica como un área de emprendimientos reconocida en el país. Particularmente durante la década de 1930, los programas destinados a aliviar los efectos de la Gran Depresión dieron como resultado las primeras investigaciones serias y a gran escala en sitios de períodos históricos (Harrington 1952). Estas investigaciones cubrieron una amplia variedad de temas, incluyendo colonias británicas como el fuerte Frederica (Fairbanks 1956), misiones españolas (Smith 1948; Montgomery 1949), fuertes del siglo XIX (Smith 1939), y emplazamientos comerciales (Kelley 1929; Lombard 1953). Estos proyectos fueron especialmente importantes, dado el énfasis que —por primera vez— pusieron sobre los sitios euro-americanos en la arqueología estadounidense.

Sin embargo, casi todos estos trabajos se encontraron orientados a recuperar detalles específicos que resultaban útiles en las tareas de reconstrucción arquitectónica e interpretación de lo que había sucedido en el sitio. *“El objetivo de la excavación fue bastante similar al del proyecto Jamestown; es decir, rescatar información que permitiera brindar la mejor interpretación posible del sitio al visitante”* (Harrington 1952:342). Ocasionalmente, estos estudios solucionaron problemas de ambigüedad documental o la ausencia de información necesaria para la reconstrucción edilicia. En un caso, Fairbanks reconstruyó el plano de los terrenos de la ciudad de Frederica al identificar una pared comunal en la estructura de un duplex. A partir de ello, precisó la localización física de una línea de terrenos conocida (Fairbanks 1956).

Aunque estos proyectos permitieron reconocer la arqueología histórica como un área de investigación independiente, su orientación original —asociada con la reconstrucción histórica, antes que con la reconstrucción antropológica— sentó las bases para posteriores conflictos. Durante las primeras décadas de desarrollo de la arqueología histórica, la arqueología prehistórica en Norteamérica se encontró firmemente alineada con la antropología (Willey y Sabloff 1974:Cap. 2). Sin lugar a dudas, la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos estudiaban en departamentos de antropología. Sin embargo, no fue hasta las décadas de 1930 y 1940 que los mismos se involucraron en la arqueología de sitios históricos. A pesar de su relevancia, estos profesionales no siempre dominaron el área. Incluso en la actualidad existen diversos arqueólogos que trabajan en arqueología histórica y no fueron formados en antropología (Nöel Hume 1969; Webster 1974).

En los Estados Unidos, el reconocimiento formal de la arqueología histórica como disciplina se produjo en 1960, con el establecimiento de la Conferencia

sobre Arqueología de Sitios Históricos y la publicación de sus actas. En 1965, este evento fue proseguido por la formación de la Sociedad de Arqueología Histórica y la publicación de su revista, *Historical Archaeology*. Ambas organizaciones y publicaciones aún continúan siendo centros de actividad profesional en arqueología histórica.

Uno de los primeros temas que debieron ser abordados durante la formalización de la disciplina fue su aparente “crisis de identidad” (Cleland y Fitting 1968). Esta crisis giró en torno a la definición del área, e incluyó preguntas como: ¿qué era, en realidad, la arqueología histórica?; ¿cuál era su disciplina madre?; ¿cuál debía ser su orientación apropiada?

Las diversas posiciones tomadas respecto a la crisis de identidad se encontraron fundadas en la pregunta de si la historia o la antropología eran las disciplinas madre del campo y, por extensión, si la arqueología histórica era histórica y particularizante, o antropológica y generalizante en alcance. Los arqueólogos históricos formados en antropología, tales como Cleland, Fitting y Griffin (Cleland y Fitting 1968; Griffin 1958), señalaron que había poca diferencia entre los métodos de observación, recuperación, control y análisis utilizados por los arqueólogos prehistóricos e históricos. De forma aún más importante, consideraron que ambas áreas de la arqueología podían (y debían), en última instancia, discutir preguntas sobre adaptación y evolución cultural. En este sentido, la arqueología histórica compartiría las mismas preguntas orientadoras, de tipo procesual, que la antropología cultural y la arqueología prehistórica antropológica.

Otro punto de vista fue ofrecido por diversos arqueólogos (no todos formados en departamentos de antropología) e historiadores involucrados en arqueología histórica. Dollar (1968), Harrington (1952, 1955), Noël Hume (1964) y Walter (1967) sugirieron que la naturaleza y extensión de la información documental asociada a los sitios históricos tornaban los métodos analíticos de la arqueología prehistórica inapropiados en arqueología histórica (ver particularmente Dollar 1968). Debido a los cortos períodos de tiempo que frecuentemente caracterizaban los sitios históricos, algunas herramientas básicas de la arqueología —como la estratigrafía y la seriación— no resultaban útiles en esos contextos (Harrington 1952:342). Los investigadores con orientación histórica sostuvieron que las mejores preguntas y las respuestas más confiables de la disciplina se encontraban organizadas en torno a la necesidad de “completar los espacios en blanco” de la historia. Ello permitía obtener detalles sobre arquitectura y cultura material que no se encontraban disponibles en los documentos, tal como sucedió en el trabajo de Harrington en Fort Necessity (1957). De la misma manera, estas circunstancias permitían conocer más sobre la vida de las personas que no pertenecían a las élites, lo que constituía un elemento esencial en la interpretación del pasado.

El debate sobre la orientación apropiada de la arqueología histórica no ha sido completamente resuelto, aunque la mayor parte de los arqueólogos históricos

actualmente parece reivindicar una orientación antropológica (Deagan 1979:369). A pesar de ello, las necesidades de los historiadores y los objetivos de los arqueólogos con orientación histórica no pueden ser ignorados, en tanto la arqueología histórica es frecuentemente la única manera de satisfacer sus demandas. Hoy, la cuestión —resultante de las discusiones sobre la “crisis de identidad” que marcaron la aparición formal de la disciplina— es aprender cómo integrar las necesidades de la antropología y la historia, antes que determinar cuál de las dos orientaciones emergerá como ganadora.

Existen varias razones prácticas y de desarrollo para ello. Cleland, Fitting (Cleland y Fitting 1968), Schuyler (1979:201), South (1977:5-13) y otros han discutido las divisiones del campo académico, así como las relaciones que la arqueología histórica mantiene con las mismas. Estas divisiones usualmente fueron identificadas como “científica” (generalizante), “histórica” (particularizante) y “humanística” (estética). Si la arqueología histórica fuera una disciplina científica, la misma debería encontrarse preocupada por desarrollar principios generales que pudieran explicar la regularidad y variabilidad de la cultura y el comportamiento humanos. Si fuera esencialmente histórica, debería encontrarse interesada por estudiar e iluminar los atributos, eventos y procesos de momentos, lugares y sociedades particulares. Sin embargo, estas circunstancias no excluirían el uso de métodos científicos en el abordaje de las problemáticas mencionadas. Finalmente, si la arqueología histórica fuera una disciplina humanística, debería transmitir el aprecio estético y la empatía con la condición humana en el pasado.

Durante las primeras décadas de investigación en Estados Unidos, uno podría haber ubicado con confianza la arqueología histórica en la categoría “histórica”. Sin embargo, desde 1960 esta categorización se tornó algo confusa. Ello no sólo se encontró asociado con el trabajo de los arqueólogos históricos, sino también con transformaciones más amplias experimentadas en el ámbito de la arqueología en general.

La arqueología prehistórica experimentó una cierta “crisis de identidad” aproximadamente en el mismo momento que la arqueología histórica. Su principal preocupación fue definir si la historia (particularizante) o los procesos culturales (generalizantes) eran el foco apropiado de la arqueología (cf. Binford 1962; Deetz 1970; Willey y Sabloff 1974: Caps. 5 y 6). El intento de compartir los objetivos y orientaciones de los arqueólogos prehistóricos (formados en departamentos de antropología) no resultó de gran ayuda para que el emergente campo de la arqueología histórica pudiera resolver su crisis de identidad básica. Antropólogos y arqueólogos estudiaban y describían culturas particulares, en tiempos y lugares determinados. En ese sentido, lo que la antropología hacía en 1960 era frecuentemente muy poco distinto de lo que realizaba la historia social. Ello dificultó definir si la arqueología histórica era histórica o antropológica en origen, ya que en la práctica no resultaba sencillo distinguir con precisión ambas orientaciones.

Una de las consecuencias de esta situación es que actualmente la arqueología

histórica comprende diversas orientaciones. La disciplina no sólo conservó –en su propósito y práctica– el interés por desempeñarse como “un auxiliar de la historia”, reconstruyendo “los estilos de vida” y “los procesos culturales” del pasado. En los últimos años, también agregó un énfasis único. El mismo incluyó la investigación de las relaciones entre los patrones de comportamiento humano y los restos arqueológicos (cf. Schiffer 1976, 1977; Deetz 1977b; South 1977), así como el examen de los principios desarrollados para dar cuenta de esas relaciones (cf. South 1977).

Algunos arqueólogos históricos han comenzado a formular preguntas cuyas respuestas dependen del acceso único del campo a los subproductos escritos y materiales del comportamiento (Brown 1974; Schuyler 1977). Estas preguntas refieren a los sistemas de percepción humanos y al rol que los patrones de cognición desempeñan a la hora de modelar el mundo material (ver Glassie 1969, 1975; Deetz 1974, 1977a). Estos intereses señalan una distancia inusual respecto de los marcos explicativos materialistas tradicionalmente utilizados por la arqueología.

Estas nuevas líneas de investigación, así como los estudios conducidos a partir de orientaciones más tempranas, serán discutidos en las próximas secciones. De la misma manera, se considerarán el énfasis, los resultados y la compatibilidad de estos enfoques dentro del campo.

COMPLEMENTACIÓN HISTÓRICA

La visión de la arqueología histórica como “auxiliar de la historia” (Nôel Hume 1964) (es decir, como proveedora de un complemento necesario para el registro histórico del pasado) puede ser actualmente identificada en aquellos proyectos realizados en apoyo de reconstrucciones o restauraciones históricas.

La preservación de los objetivos de complementación histórica ha sido influenciada por la rápida expansión de las necesidades del manejo de recursos culturales durante la década de 1970. Los trabajos en arqueología histórica conducidos con el fin de apoyar la reconstrucción arquitectónica e histórica comparten muchos de los problemas enfrentados por los arqueólogos prehistóricos bajo situaciones de contrato. Ello se asocia a que diversas restricciones artificiales usualmente limitan el alcance de las investigaciones como consecuencia de los términos de un contrato. Sin embargo, muchos arqueólogos históricos que trabajan bajo contrato actualmente desarrollan proyectos junto a historiadores y arquitectos. Estos arqueólogos tienen el objetivo de brindar información que permita fundamentar las interpretaciones empleadas durante la reconstrucción de un sitio (frecuentemente puesta en riesgo por las mismas actividades de reconstrucción). A diferencia del trabajo bajo contrato en arqueología prehistórica, los datos recuperados por los arqueólogos históricos contratados usualmente revisten importancia para la finalización exitosa del proyecto que motivó la expedición del contrato. En lugar de (y, ocasionalmente, en adición a) las estrechas restricciones geográficas usualmente impuestas por los contratos en arqueología

prehistórica, los arqueólogos históricos se encuentran limitados por el tipo de preguntas que pueden formular: ¿cuándo se añadió el ala este de la estructura?, ¿cuál fue la evolución del plano de la planta? Existen cientos de proyectos en Estados Unidos que, conformados por una única instancia de trabajo, restringen contractualmente a los arqueólogos históricos a obtener información complementaria, transformando la arqueología histórica en una industria de servicios (Swannack 1975). Resulta difícil estimar la extensión de este tipo de trabajos, en tanto sus resultados no son comúnmente publicados o presentados en reuniones profesionales. Uno sospecha que si fuera posible reunirlos, la mayor contribución de estos proyectos no sería a la historia, sino a la arquitectura histórica. Los numerosos problemas que resultan como consecuencia de estas circunstancias sólo pueden ser resueltos mediante la orientación ética de los arqueólogos. De acuerdo a Schiffer, Gumerman (Schiffer y Gumerman 1977:16) y South (1977:294), los mismos deben insistir durante el diseño del proyecto sobre la importancia de integrar los objetivos orientados a problemas con las necesidades de la reconstrucción.

Esta integración fue efectivamente demostrada en diversos sitios durante la década de 1970. Las investigaciones anteriormente mencionadas de Deetz en la Purísima, el análisis de Lewis (1977) sobre los patrones de frontera, la documentación de House (1977) sobre los ocupantes ilegales en Ozarks, las interpretaciones de Ferguson sobre las distribuciones de artefactos en Fort Watson, el abordaje de Otto (1975) sobre la variabilidad de status en Isla Saint Simon, los estudios de Honerkamp (1980) sobre las adaptaciones de frontera en Frederica (Georgia), así como los trabajos sobre patrones comunitarios y aculturación en St. Augustine (Deagan 1978) fueron conducidos bajo un marco de manejo de recursos culturales.

Esta integración quizás resulta mucho más evidente en grandes centros como Plymouth Plantation, St. Augustine, la ciudad de St. Mary y el fuerte Michilimackinac. En estos casos, la arqueología fue generalmente empleada con el objetivo de recuperar información necesaria para reconstruir e interpretar los asentamientos. Sin embargo, como estos sitios representan comunidades —y tienen planes de investigación, planes de desarrollo, y compromisos con instituciones académicas a largo plazo— pudieron integrar efectivamente los estudios históricos y antropológicos en el marco del manejo de recursos culturales (ver también Stephenson 1977).

No se puede negar que la orientación histórica también ha realizado contribuciones positivas a la disciplina. Probablemente, la arqueología resultó más difundida entre los no-arqueólogos mediante el desarrollo de programas de interpretación pública que mediante otros medios. De esta forma, los arqueólogos lograron combatir la tendencia del área a transformar su imagen en una “torre de marfil”. Existe cierta información histórica que simplemente no puede ser recobrada mediante medios no-arqueológicos. Esta información puede enriquecer, o incluso transformar, las interpretaciones tradicionales de la historia social. Estos cambios pueden incluir los planos físicos o las construcciones de un sitio, tal como sucedió en el trabajo de

Harrington en Ft. Necessity y el de Ferguson sobre las tácticas empleadas en la batalla de Ft. Watson (1977b:69). En St. Augustine, los restos arqueológicos indicaron el grado en que los colonos —a pesar de algunas opiniones que señalaban lo contrario— participaron del comercio ilegal con las colonias británicas (Deagan 1978). Estos restos también informaron sobre las diferentes formas de comer de los habitantes españoles en Florida (Reitz 1979). South (1977) determinó arqueológicamente que los colonos británicos del sur de Norteamérica desechaban su basura según un patrón predecible, hecho que podría resultar relevante para la reconstrucción de sitios coloniales británicos. Por lo general, el crecimiento y la expansión de los patrones de asentamiento en las comunidades históricas son exclusivamente documentados por la arqueología (Fairbanks 1956; Deetz 1968). Otro ejemplo de las formas en que la disciplina ilumina la interpretación histórica puede ser observado en el caso de los sitios esclavos. En este sentido, vale la pena considerar que los documentos históricos que tradicionalmente sostenían que las armas de fuego se encontraban prohibidas y la comida era preparada de forma comunal fueron refutados por la arqueología (Fairbanks 1972). El abordaje de temas históricos mediante la investigación arqueológica puede conducir a un criterio de medición más objetivo, opuesto al criterio frecuentemente subjetivo de la historia escrita. Resulta imposible negar estas circunstancias como una de las facetas de la arqueología histórica moderna.

RECONSTRUCCIÓN DE ESTILOS DE VIDA PASADOS

Otro enfoque a partir del cual actualmente se están desarrollando investigaciones en arqueología histórica apunta a la reconstrucción de las sociedades y condiciones de vida en el pasado. Aunque esta orientación ciertamente adhiere a la tradición y la práctica antropológica, esencialmente se asemeja a la historia social y la etnografía. Ello se debe a que el centro de sus investigaciones frecuentemente (aunque no siempre de forma exclusiva) considera un tiempo, lugar y sociedad particulares. Este rasgo contrasta con la orientación “procesual”, que centra especialmente su atención sobre principios generales de comportamiento del proceso cultural.

En arqueología histórica, el énfasis en la reconstrucción de los estilos de vida pasados se produjo de forma paralela al cambio metodológico propuesto por Fairbanks en 1971 hacia “una arqueología de patios traseros” (Fairbanks 1977). Este método restó importancia a las estructuras y fundaciones históricas, así como al síndrome de “Barnum y Bailey” (Nöel Hume 1969:10) —que proponía que los trabajos se concentraran en el sitio más “viejo”, “grande” o “históricamente importante”. Por el contrario, el acento comenzó a ser puesto sobre los subproductos de los diversos aspectos del comportamiento pasado —los que eran frecuentemente encontrados en las localizaciones donde habían tenido lugar esas acciones; a saber, en los patios traseros.

Uno de los resultados más visibles e importantes del énfasis puesto sobre el

estudio de sociedades específicas en arqueología histórica fue la documentación de grupos históricamente marginados en nuestra propia cultura, lo que brindó imágenes alternativas de la identidad nacional respecto de aquéllas ofrecidas por la historia escrita (Schuyler 1976). El estudio de las raíces de la cultura afro-americana —cuya historia escrita frecuentemente se halla incompleta y distorsionada— constituye un ejemplo particularmente claro de ello. El trabajo realizado por Fairbanks en 1968 en las cabañas de esclavos de la plantación Kingsley en Florida (Fairbanks 1972) fue uno de los primeros estudios arqueológicos de la esclavitud en Norteamérica realizados desde un punto de vista no-documental. Este trabajo fue seguido por otros, centrados en la cultura afro-americana en situaciones de libertad y esclavitud (Deetz 1977; Handler y Lange 1978; Otto 1979; Schuyler 1980; Singleton 1980; entre otros). Diversos grupos marginados no-documentados fueron foco de interés de la arqueología histórica, incluyendo los asiático-americanos (Schuyler 1980); los nativo-americanos del período histórico (Goodyear 1977; Kirkpatrick *et al.* 1980); los criollos hispano-americanos (Shepard 1975); y los sectores marginados por la pobreza y la mala reputación, como los montañeses (House 1977; Prince y Prince 1978), vagabundos (Klein 1977) y mineros (Deetz 1981).

Salvo unas pocas excepciones —como los sitios hispano-americanos del sur y el oeste de los Estados Unidos, y algunos sitios esclavos como los de la plantación de Kingsley (Florida)—, la mayor parte de las investigaciones sobre grupos históricamente marginados no ha sido desarrollada por los programas intensivos de interpretación pública que caracterizan los sitios anglo-americanos. Sin embargo, estos trabajos están siendo gradualmente incorporados por los medios populares (tal es el caso de *Odyssey*, una serie de televisión que comunica las contribuciones de la antropología al público general) y otras disciplinas (Hall 1980, por ejemplo).

Por lo general, los estudios anteriormente mencionados se encuentran interrelacionados con intereses procesuales. Por ejemplo, las comparaciones interculturales pueden mostrar paralelos y diferencias interesantes en las formas en que distintos grupos se adaptaron a la relocalización en nuevos ambientes, y los mecanismos mediante los cuales pudieron ser integrados o excluidos por la sociedad norteamericana. La arqueología ha demostrado que los españoles en Norteamérica se integraron físicamente con los habitantes indígenas del Nuevo Mundo, mientras que los colonos británicos resistieron dicha integración. Ello dio como resultado un tipo de patrón adaptativo muy diferente en ambos grupos (Deagan 1980).

Los estudios con orientación etnográfica también generaron una nueva perspectiva sobre los procesos históricos y sociales tradicionalmente estudiados. Por ejemplo, el concepto de “crisol de razas” que usualmente se utilizaba para dar cuenta del proceso de formación de la identidad nacional norteamericana ha sido puesto en duda como modelo explicativo. Deetz (1977b) y Schuyler (1976) sugieren que la formación de la sociedad norteamericana implicó un proceso de exclusión sistemática de los grupos no-anglosajones, de forma bastante similar a lo que sucede en la

actualidad. Sin embargo, las investigaciones en el sitio no-anglosajón de St. Augustine irónicamente han demostrado que la noción de “crisol de razas” verdaderamente describió el proceso de formación de la sociedad hispano-americana en el Nuevo Mundo (Deagan 1980).

ESTUDIOS PROCESUALES

Una tercera orientación en la arqueología histórica contemporánea puede ser identificada en aquellos estudios que centran su atención en la investigación de procesos culturales, antes que en la investigación de un grupo social específico o un conjunto de eventos. El crecimiento de esta perspectiva corre paralelo al desarrollo de la arqueología norteamericana en general (Willey y Sabloff 1974:Cap. 6).

En la mayor parte de los casos, los estudios procesuales en arqueología histórica abordaron procesos culturales que operaron en tiempos y lugares específicos. Consecuentemente, fueron —en un sentido estricto— particularizantes en sus resultados. Sin embargo, estos trabajos brindaron las bases fundamentales a partir de las cuales pudieron ser investigados aspectos procesuales más generales de la cultura humana. Frecuentemente, estos estudios utilizaron un método de investigación hipotético-deductivo.

En este esfuerzo de investigación, la gran ventaja de la arqueología histórica se encuentra en la presencia de registros documentales. En muchos casos, variables sociales como la filiación étnica y religiosa, el ingreso, la ocupación, la composición familiar, las redes económicas, y las restricciones políticas son conocidas. A partir de ello, resulta posible investigar la mecánica específica de determinados procesos de una unidad social, antes que simplemente identificar la presencia de ciertos fenómenos que pueden ayudar a interpretar un patrón arqueológico dado.

Por supuesto, el uso de los documentos como elementos de control se encuentra sujeto a una considerable y prudente evaluación de veracidad y validez. Los problemas relacionados con la naturaleza de la evidencia documental, y los métodos utilizados para lidiar con ellos han sido preocupaciones compartidas por arqueólogos e historiadores (Barzun y Gaff 1970).

Un área de estudios procesuales en que la arqueología histórica ha realizado contribuciones particularmente relevantes es la de la aculturación. Al menos en parte, muchos trabajos se encontraron orientados a dilucidar este proceso. Ello se encontró especialmente asociado con la obvia ventaja de contar con sitios de contacto europeo-aborígenes para su estudio. Los análisis usualmente tuvieron en cuenta el abordaje de las relaciones de comercio (Fairbanks 1962; Irwin-Mason 1963; Deetz 1965; Brown 1978), la conversión religiosa (Deetz 1963; Cheek 1974; Loucks 1979) y los casamientos interraciales (Deagan 1974).

Estos estudios sugirieron que el sexo de las personas que posibilitaron la conexión entre dos culturas constituyó un factor crítico en la determinación y los resultados

finales de la aculturación. Por ejemplo, entre los indios Creek del siglo XVIII la principal conexión con los europeos se realizó mediante el comercio de pieles de venado. En este intercambio, los hombres europeos entraban en contacto con los hombres Creek. La evidencia arqueológica indica que las actividades masculinas entre los Creek del siglo XVIII mostraron evidencias de aculturación europea y cambios (Fairbanks 1962; Irwin-Mason 1963). Las actividades relacionadas con la femineidad —como la producción de alimentos, la cerámica y la cestería— se encontraron escasamente alteradas. En este sentido, se sugirió que el lapso temporal comprendido entre el cambio tecnológico en las áreas masculinas y femeninas de la cultura Creek fue un factor causal del estrés personal que condujo a la revitalización del movimiento profético durante el siglo XVIII (Fairbanks 1962:53).

En la misión española La Purísima, Deetz (1963) encontró que las áreas de actividad masculina se encontraron sujetas a cambios más rápidos e intensivos —en relación con la influencia europea— que las actividades femeninas. Ello también sucedió en las misiones de la Florida (Loucks 1979). Sin embargo, en este último caso tanto hombres como mujeres se encontraron en contacto directo con frailes europeos (hombres).

Estos estudios insinuaron que, como los europeos que entraron en contacto con las culturas nativas en Norteamérica fueron generalmente hombres, las actividades femeninas sufrieron poca innovación tecnológica como consecuencia del contacto. Consecuentemente, en las culturas nativo-norteamericanas la innovación tecnológica se desarrolló en las áreas de actividad masculina mediante el comercio y, ocasionalmente, el don. En las culturas euro-americanas, pocos cambios resultaron del contacto con los nativos en las áreas de actividad masculina. Sin embargo, en las áreas de actividad tradicionalmente asociadas con las mujeres, los europeos frecuentemente incorporaron las tecnologías aborígenes. Ello fue particularmente evidente en situaciones que implicaron concubinato y casamientos (Deagan 1974).

La arqueología histórica también mantiene una fuerte posición respecto a revelar el impacto de la innovación tecnológica europea sobre los sistemas sociales nativo-americanos. Se ha demostrado que el cambio social en los grupos nativo-americanos (como consecuencia de la interacción con los europeos) se encuentra más próximamente asociado a las transformaciones en los patrones económicos que a la conversión religiosa o los casamientos. El ejemplo previamente citado de Arikara mostró un cambio en la estructura de parentesco como respuesta del paso de una economía agrícola a una economía basada en el comercio de intermediarios (Deetz 1965). Entre los Algonquinos, la implementación del comercio de pieles produjo una transformación de las aldeas basadas en el linaje a asentamientos más grandes basados en clanes, y a una estructura más acentuada de diferenciación social —sustentada, en gran parte, en el acceso diferencial a bienes europeos (Mainfort 1979).

Otros estudios en arqueología histórica investigaron los procesos vinculados con la colonización y el establecimiento de la sociedad euro-americana. El trabajo de

Lewis (1977:153-156) sobre el proceso de expansión de una sociedad establecida sobre tierras salvajes ha permitido señalar que el modelo de frontera desarrollado a lo largo del tiempo por los investigadores en ciencias sociales representa un marco de trabajo inapropiado para entender los mecanismos y resultados de la colonización. El modelo de frontera y otros estudios basados en éste (por ejemplo, la aplicación del modelo por Honnerkamp en Frederica, Georgia [1980]) no sólo arrojó luz sobre la mecánica de la adaptación de los colonos tempranos en el Nuevo Mundo, sino que también brindó un modelo para interpretar la historia norteamericana temprana.

Otros procesos también han sido considerados temas de interés particularmente apropiados para la arqueología histórica. Sin embargo, se ha realizado poco trabajo en torno a los mismos. Uno de estos procesos es el imperialismo (Schuyler 1976). Las circunstancias bajo las cuales la expansión imperialista pudo ser o no exitosa, y los resultados finales de esta expansión constituyen temas relevantes a lo largo del mundo. Tales consecuencias pueden ser objetivamente estudiadas y evaluadas mediante la arqueología histórica. Otra área escasamente estudiada por la disciplina es la de las relaciones dialécticas derivadas del marxismo, a través de las cuales la sociedad contemporánea se encuentra económica y socialmente organizada (es decir, sus mecanismos de producción, distribución e intercambio [Leone 1977b]). A través del control que el uso de documentos brinda sobre variables económicas, los mecanismos específicos de esta dialéctica podrían ser predichos y probados en el registro arqueológico. Leone señala que el potencial particular de la arqueología histórica para explicar este proceso dinámico en el pasado podría dar cuenta de los mismos procesos tal y como operan en nuestra sociedad.

CIENCIA ARQUEOLÓGICA

Uno de los aspectos más productivos e importantes de la arqueología histórica es su habilidad para probar principios de interpretación arqueológica bajo condiciones controladas. Aunque ésta no es una aplicación reciente en el campo (por ejemplo, Deetz 1965:1), sólo fue en los últimos años que los estudios centrados en probar y verificar las relaciones entre los patrones de las esferas materiales y comportamentales se tornó explícito (Ferguson 1977a; South 1977).

Los estudios en arqueología histórica orientados a este fin han sido capaces de demostrar que las asociaciones entre la información arqueológica y el comportamiento en el pasado se encuentran pautadas y resultan predecibles de formas específicas. Estos trabajos se centran en el desarrollo, prueba y verificación de principios interpretativos necesarios para la investigación científica de procesos y eventos específicos. La arqueología histórica ha sido aplicada a la evaluación de un número de métodos y presupuestos comúnmente empleados en análisis e interpretaciones arqueológicas. Una de sus contribuciones más destacadas ha sido evaluar el conocido presupuesto de la frecuencia de distribución normal de rasgos estilísticos a través

del tiempo (Kroeber 1919; Flannery 1973), o la acorazada curva de popularidad. En combinación con los principios de estratigrafía y seriación, este presupuesto resulta básico a la hora de describir e interpretar eventos en la historia cultural. Por lo menos, dos estudios en arqueología histórica que emplearon materiales bien datados –lápidas (Deetz y Dethlefsen 1967) y cerámicas históricas (South 1972)– han demostrado que la curva de popularidad constituye una verdadera descripción de un fenómeno diacrónico, real y predecible del mundo material. Este fenómeno existe independientemente de variables como localización espacial y temporal, y consecuentemente puede representar una de las escasas leyes generales derivadas exclusivamente de la arqueología histórica. El proponente más explícito de este enfoque ha sido South (1977). Este investigador ha demostrado que fenómenos culturales específicos pueden ser reconociblemente pautados y predichos en el registro arqueológico. Por ejemplo, en su discusión sobre Carolina y los patrones de frontera, la función intersitio y las actividades intrasitio fueron reveladas mediante un análisis de patrón estadístico (South 1977).

En la discusión sobre los patrones de descarte de desechos de Brunswick (un patrón de distribución horizontal de artefactos asociados con colonos británicos), South sentó las bases preparatorias y se aproximó tentativamente a explicar un postulado fundamental para la interpretación arqueológica; ello es, que las formas en que los desechos son descartados se encuentran distintiva y reconociblemente pautadas en grupos de distinto origen étnico y herencia cultural. Si hubiera sido demostrado y verificado, este postulado podría haber tenido un valor considerable en la interpretación de las diferencias étnicas en el registro arqueológico, incluyendo el caso de los sitios prehistóricos. La evidencia arqueológica relacionada con este tema (como las investigaciones de Carillo (1977) sobre el patrón germano-americano) brinda creciente apoyo al hecho de que las conexiones entre herencia cultural y descarte pautado son, en efecto, una observación válida.

Muchos estudios en arqueología histórica han intentado demostrar las formas en que ciertas variables socioculturales se manifiestan en el registro arqueológico, empleando documentos que dan cuenta de la naturaleza de estas variables como forma de control. Uno de los fenómenos que resulta más frecuentemente estudiado es la forma en que la diversidad del status se refleja arqueológicamente. El trabajo de Otto (1975, 1977) en la plantación de Georgia indicó que el tipo y la forma de cerámica proveyeron un reflejo confiable de las diferencias de status que se sabía estaban presentes en esa sociedad (principalmente, entre los plantadores, supervisores y esclavos). Como consecuencia de distintos patrones dietarios, diferentes formas de cerámica fueron empleadas por cada grupo –a pesar de que los mismos conjuntos básicos fueron compartidos por todos ellos.

Poe (1979) obtuvo resultados similares en la Florida española. De esta manera, señaló que la variabilidad económica –medida por el ingreso y la

ocupación— se halló vinculada de forma predecible a proporciones específicas de cerámica hispana, aborigen y europea dentro de los conjuntos cerámicos de cada hogar. En este sentido, creyó que los patrones habían representado una función del acceso diferencial a los escasos bienes hispanos.

Diversos estudios en arqueología histórica también probaron la fuerza con que los restos dietarios pudieron reflejar ciertos subsistemas sociales. Los trabajos de Cumbaa (1975), Mudar (1978) y Reitz (1979) mostraron la existencia de una relación predecible entre los componentes y proporciones específicas de un determinado conjunto faunístico, y la función del sitio del cual provienen, la filiación étnica de sus habitantes, y su status económico.

Las poblaciones de los entierros del período histórico también han sido comparadas con documentos con el objetivo de discutir la facilidad que presentan para reflejar ciertos fenómenos sociales. El análisis de la información de enterratorios del siglo XVII y XVIII en St. Augustine reveló que patrones mortuorios específicos marcadamente distintivos se encontraron asociados con enterratorios británico-protestantes e hispano-católicos (Koch 1980). Mientras tanto, los enterratorios de las poblaciones Algonquinas reflejaron cambios sociales ocasionados por la introducción del comercio de pieles europeo (particularmente, diferenciación de status) (Mainfort 1979).

A partir de la búsqueda de principios arqueológicos que puedan ayudar a explicar la relación entre la variabilidad comportamental y el registro arqueológico, los arqueólogos históricos han comenzado a estudiar distintos grupos contemporáneos. Los estudios etnoarqueológicos pueden hacer uso simultáneo de restos materiales, relatos orales, registros documentales y observaciones etnográficas. Estas circunstancias surgieron como resultado de la creciente toma de consciencia de que la palabra hablada y el comportamiento observado constituyen categorías de información equivalentes a los documentos históricos para alcanzar diversos objetivos arqueológicos (Brown 1974; Deetz 1977a, 1977b; Schuyler 1977).

Uno de los estudios más conocidos fue el “proyecto basura” de Tucson (*Tucson garbage project*) (Rathje 1977; Rathje y McCarthy 1977). Al usar una combinación de entrevistas y análisis de basura doméstica, Rathje pudo observar y registrar directamente procesos de descarte en hogares específicos de la ciudad a lo largo del tiempo. Estos hogares fueron muestreados con el objetivo de reflejar diferencias étnicas y económicas dentro de la comunidad. Los resultados del estudio brindaron un indicador de las formas en que el estrés económico pudo reflejarse en los patrones de consumo. En el caso de Tucson, el estrés económico se encontró acompañado por el crecimiento de los desechos. Ello se asoció con la falta de familiaridad con recursos nuevos y más económicos, y con el incremento del consumo de alcohol. El proyecto también sugirió que mientras la variabilidad social podía ser identificada tras la formación del registro arqueológico, las relaciones específicas entre las variables socioculturales (como el ingreso o el tamaño de las familias) y los patrones

materiales no podían ser consideradas inmutables. Por el contrario, se encontraban interrelacionadas de formas que no siempre resultaban reconocibles en los estudios arqueológicos contemporáneos (Rathje y McCarthy 1977:284).

La observación de procesos sociales y arqueológicos contemporáneos expandió considerablemente el alcance y potencial de la arqueología histórica durante la década pasada. Ello no sólo permitió realizar evaluaciones cruzadas y comprobaciones de los principios desarrollados mediante la observación de los registros arqueológicos y escritos (y viceversa). También permitió conformar la base del potencial único de la arqueología histórica para entender las relaciones entre los patrones materiales, el comportamiento y la percepción humanos.

La inclusión de las sociedades contemporáneas entre los temas de interés de la arqueología histórica se encuentra relacionada con una imagen conceptual relativamente reciente. La misma concibe la arqueología histórica como una “ciencia de la cultura material” (Deetz 1977b). Esencialmente, esta idea describe la arqueología como el estudio de las relaciones entre los seres humanos y las cosas materiales. Una declaración temprana sobre este tema fue provista por James Deetz (1958:129), cuando sugirió que *“la arqueología debe preocuparse por la cultura material, independientemente de su procedencia; ya sea arqueológica, en el sentido de excavada, o etnográfica, en términos de uso presente”*.

Una versión extendida de este punto de vista puede ser encontrada en el trabajo de Deetz, como en muchos de los trabajos incluidos en Ferguson (1977a). En estos artículos, la cultura material es considerada un segmento de nuestro entorno físico que modificamos mediante comportamientos culturalmente determinados. A pesar de que el crecimiento de este tema de estudio no ha recibido aceptación universal por parte de la disciplina, ha logrado expandir enormemente su alcance. De esta manera, creó el potencial para descubrir principios perdurables de relaciones comportamentales-materiales en la cultura humana. Como ya demostró el “proyecto basura”, y como Leone (1977b) y Schuyler (1976) señalaron, las contribuciones de la arqueología histórica no se encuentran restringidas a nuestro entendimiento del pasado. Por el contrario, pueden ayudarnos a comprender nuestro presente, e incluso podrían predecir nuestro comportamiento futuro en lo que respecta al mundo material. Ello deja de resultar insignificante cuando se consideran los problemas que enfrentamos por el uso incorrecto o el consumo exagerado de recursos.

Otro aspecto importante para el desarrollo de una ciencia arqueológica se vincula con su interés potencial en la arqueología histórica. Nos referimos a la definición de los procesos de formación arqueológicos; es decir, la arqueología comportamental más visiblemente asociada con Schiffer (1976, 1977). Aunque ello no constituyó un problema directamente abordado por la arqueología histórica, la disciplina ofrece importantes líneas de investigación en su apoyo. Claramente, el entendimiento de las formas a través de las cuales el mundo material viviente se transforma en un sitio arqueológico resulta esencial para reconocer los patrones del registro

arqueológico y comprender qué pueden reflejar esos procesos. Los controles que la arqueología histórica ofrece mediante la observación directa e indirecta poseen un potencial considerable para definir algunos rasgos de los procesos de formación arqueológicos.

La orientación que promueve la generación, evaluación y refinamiento de los principios interpretativos en arqueología es uno de los desarrollos más recientes de la arqueología histórica, y uno de los de mayor utilidad para los arqueólogos no-históricos. Sin embargo, si esta problemática se transforma en un objetivo predominante podría llegar a revestir un riesgo potencial para el área. Ello se debe a que la arqueología histórica podría evolucionar de “auxiliar de la historia” a “auxiliar de la arqueología”. La simple demostración de que los patrones materiales-comportamentales existen de forma predecible (y son, en muchos casos, intuitivamente obvios) no constituye en sí misma un resultado final deseable de las investigaciones. Con un poco de suerte, estas demostraciones servirán como base para explicar por qué los patrones y sus variaciones existen en términos de comportamientos culturalmente adaptativos.

ESTUDIOS COGNITIVOS

Una orientación recientemente desarrollada en arqueología histórica –también basada sobre la observación simultánea de los contextos de comportamiento hablados, escritos, observados y preservados– propone descubrir y definir las estructuras mentales y sistemas cognitivos a través de la cultura material. Como se mencionó con anterioridad, esta orientación constituye una extensión de la definición de arqueología como “ciencia de la cultura material”. Aunque aún se encuentra en una etapa inicial, si este enfoque pudiera revelar principios generales que gobernarán las relaciones entre los procesos cognitivos y la configuración del mundo material, podría contribuir a la explicación en muchas áreas de las ciencias sociales.

Gran parte del énfasis en los estudios cognitivos se debe al trabajo de Deetz (1974, 1977a) y Glassie (1969, 1975). Glassie usó principios de la gramática generativa para explicar la regularidad arquitectónica. Las culturas particulares guardan en su inconsciente colectivo unidades básicas y estructuras profundas (en un sentido levi-straussiano). Estas unidades se combinan de acuerdo a una serie de transformaciones (reglas) para generar todas las formas y patrones culturalmente aceptables. Glassie (1975) analizó las casas tradicionales como ejemplo de estas circunstancias, y Deetz (1977a) extendió el enfoque al estudio de las cerámicas, las lápidas y las comidas. Desde este punto de vista, la tarea del arqueólogo consiste en revelar estructuras profundas y sistemas cognitivos mediante el empleo de métodos arqueológicos como la cuantificación y el reconocimiento de patrones.

La aplicación de estas ideas en arqueología histórica se ha extendido al concepto de mentalidad (*mind set*) de Glassie, Deetz y sus estudiantes. La mentalidad refiere a una

serie de unidades básicas que comprenden una orientación cognitiva. Esta orientación es compartida por los miembros de un grupo, y determina las formas en que el mundo material es organizado y modelado. Todavía no resulta claro si la mentalidad es un fenómeno racial, social, cultural o geográficamente específico. En su trabajo sobre el patrón material Mormón, Leone (1973, 1977a) ha sugerido que la filiación religiosa conlleva un conjunto de principios cognitivos que se reflejan en la arquitectura sagrada y secular.

En una de las declaraciones de principios de esta orientación en arqueología histórica, Deetz (1977) sugiere que antes de mediados del siglo XVIII los colonos británico-americanos en Nueva Inglaterra eran poseedores de una mentalidad esencialmente medieval. La misma se caracterizaba por un patrón orgánico, informal y desestructurado del mundo material. Las casas eran asimétricas y crecían en respuesta a la necesidad, antes que a la planificación. La existencia era corporativa y la privacidad no era altamente valorada. De acuerdo a Deetz, ello se reflejaba en los planos de las plantas de las casas y la cultura material asociada a las comidas, que no enfatizaba el uso de cubiertos o el consumo de porciones individuales.

Este modelo cognitivo fue reemplazado a mitad del siglo XVIII por uno nuevo, conocido como *Georgian Order*. Este último se caracterizaba por el énfasis en lo individual, la separación de los componentes y la simetría tripartita. Las casas simétricas de estilo formal; los juegos de cubiertos individuales en la mesa; y las comidas tripartitas de carne, vegetales y papas revisten ejemplos de las manifestaciones de la mentalidad georgiana.

Dos preguntas que resultan inmediatamente evidentes sobre este modelo son: ¿por qué cambian las mentalidades?, y ¿cómo llegan a existir en primer lugar? Sin embargo, en estos interrogantes yace la posibilidad de reconciliar el enfoque mentalista adoptado por los proponentes de la orientación cognitiva y el enfoque materialista compartido por la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos. Una sugerencia obvia es que las estructuras cognitivas funcionan como parte de las estrategias adaptativas de un grupo que maneja un conjunto específico de circunstancias tecno-ambientales. Como señaló Deetz (1977a), a medida que nos acercamos al presente el ajuste entre los humanos y su ambiente físico se vuelve menos tenso. De la misma manera, los factores sociales e ideológicos asumen roles más obvios dentro de las estrategias adaptativas. Por ejemplo, Deetz notó que un patrón cultural distintivamente colonial se desarrolló a mediados del siglo XVII en Norteamérica. El mismo constituyó una respuesta al aislamiento de las comunidades, la separación en tiempo y espacio del Viejo Mundo, y el uso y abuso de ciertos recursos como la madera (Deetz 1977a:37-43, 107-108). Con el advenimiento de mejores sistemas de comunicación y la disseminación más efectiva de las ideas mediante la publicación de libros —un resultado de la innovación tecnológica de las imprentas— el patrón de aislamiento y crecimiento orgánico surgido como respuesta a la necesidad se transformó en un patrón de ideas compartidas y

crecimiento planificado y formal.

Este cambio no sólo se encuentra históricamente documentado, sino que también puede ser arqueológicamente identificado en los patrones del mundo material. Sin embargo, las relaciones causales entre el mundo material y las estructuras cognitivas que se encuentran detrás del mismo aún no resultan claras.

Otro aspecto provocativo de la orientación cognitiva puede ser observado en el tratamiento que Deetz (1977a) brinda al sitio Parting Ways, una comunidad negra en Nueva Inglaterra. Los patrones materiales identificados en Parting Ways no reflejaron la mentalidad dominante americano-georgiana, sino que mostraron un patrón separado y particular. La consecuencia de esta idea es que grupos raciales y sociales diferentes poseen diferentes unidades cognitivas y estructuras mentales básicas. Este principio podría ser aplicado en la sociedad contemporánea con resultados impredecibles. Por un lado, podría ser interpretado como una forma de justificar la separación y el tratamiento diferencial de ciertos grupos étnicos. Por otra parte, quizás podría promover el crecimiento de la conciencia de las diferencias culturales, alentando un espíritu de entendimiento y compromiso.

Cualquiera sea su aplicación final, la orientación cognitiva en arqueología histórica —posibilitada por el acceso a documentos escritos que reflejan la percepción en el pasado— podría contribuir con la explicación de patrones. Por ejemplo, el hecho de que los miembros de un grupo compartan ciertos rasgos cognitivos podría dar cuenta de diferentes patrones de descarte entre colonos ingleses, españoles y germano-americanos. También podría explicar por qué el concepto de “crisol de razas” anteriormente discutido define de forma inadecuada la constitución de la sociedad americana, y por qué la exclusión sistemática de las minorías puede brindar una descripción más ajustada de ese proceso. Además, esta línea de investigación ofrece a la arqueología una de las pocas posibilidades de investigar las interrelaciones que se desarrollan entre las áreas tecno-ambientales e ideológicas de la cultura a la hora de modelar las adaptaciones humanas. Los patrones que reflejan estas adaptaciones pueden ser revelados y reconocidos a través de la aplicación de métodos arqueológicos científicos, ejemplificados por el trabajo de South (1977) sobre la cuantificación y el reconocimiento de patrones.

Los programas de los encuentros de la Sociedad de Arqueología Histórica de 1980 y 1981 reflejan el creciente y continuo interés en los estudios cognitivos, con diversas sesiones dedicadas a tales asuntos. Sin embargo, aún existen algunas preguntas sobre el presupuesto que considera que *“el énfasis adecuado de la arqueología histórica debe estar puesto sobre los aspectos intelectuales antes que sobre los artefactos y los patrones que descubren nuestras excavaciones”* (Hudgins 1980).

CONCLUSIONES

Actualmente, la arqueología histórica contribuye de forma activa con las discusiones asociadas a diversos problemas y disciplinas. Desde su surgimiento en la década de 1930 como un área de investigación reconocida, el campo dejó de ser esencialmente un conjunto de técnicas que proveía información complementaria a otras ciencias para convertirse –en primer lugar– en una herramienta antropológica para la reconstrucción de los estilos de vida y el estudio de los procesos culturales en el pasado, y –en segundo término– en un medio para descubrir relaciones predecibles entre las estrategias adaptativas humanas, la ideología y los patrones de variabilidad en el registro arqueológico.

Particularmente, ciertos aspectos de la arqueología histórica presentan el potencial de realizar contribuciones diferentes a las de otras disciplinas. Estos aportes constituyen el resultado de la capacidad única de la arqueología histórica para observar simultáneamente las afirmaciones escritas sobre lo que la gente dijo que hizo, lo que los observadores señalaron que efectuó, y lo que el registro arqueológico finalmente indicó. Las inconsistencias e inadecuaciones en los registros escritos del pasado pueden ser detectadas y predichas. Con el objetivo de ampliar el entendimiento sobre los procesos cognitivos, las percepciones pasadas sobre la condición humana que resultan provistas por las fuentes escritas pueden ser comparadas con un registro arqueológico más objetivo sobre las condiciones reales en el pasado. El acceso simultáneo a diversas fuentes de información también permite unir el patrón arqueológico de una determinada unidad con sus atributos sociales, económicos e ideológicos documentados. De esta manera, se torna posible alcanzar un mejor entendimiento de las formas en que el registro arqueológico refleja el comportamiento humano.

El potencial único de la arqueología histórica no sólo yace en su capacidad para responder preguntas de interés arqueológico y antropológico, sino también en su habilidad para brindar información arqueológica no disponible a través de documentos o cualquier otra fuente. El tratamiento inadecuado de los grupos marginados en el pasado norteamericano –quienes fueron excluidos de las fuentes históricas por su raza, religión, aislamiento o pobreza– debe ser especialmente considerado por la arqueología histórica contemporánea.

La fuerza única y el riesgo inherente de la arqueología histórica residen en su capacidad de atender una amplia variedad de problemas y áreas de estudio. La atención que la disciplina simultáneamente ha brindado a las preguntas históricas, antropológicas, arqueológicas e ideológicas ha causado que se transforme en un campo errático y poco focalizado. La creciente influencia de los programas de manejo de recursos culturales, orientados a la reconstrucción arqueológica, adicionalmente ha exacerbado esta condición. Los arqueólogos históricos realizan preguntas muy diferentes, con un escaso intercambio de ideas en muchos casos.

En ello yace la posibilidad de que la arqueología histórica se convierta en una serie de técnicas aplicables a una amplia variedad de intereses, sin un foco básico de atención propio.

Por otra parte, los mejores estudios de campo (y muchos de los que fueron discutidos en las secciones anteriores) no se han restringido a una única orientación, sino que han realizado contribuciones significativas a los intereses de la antropología, la historia, las humanidades y los programas de manejo de recursos culturales, teniendo en cuenta el uso combinado de fuentes documentales y arqueológicas, y diseños de investigación cuidadosos. La arqueología histórica se encuentra en un estado de cambio rápido e impredecible, caracterizado por una hibridación de objetivos e ideas. El resultante vigor híbrido del campo ha provocado su avance en las últimas tres décadas, dejando de ser un auxiliar de la historia para convertirse en una rama de la arqueología científica que puede perseguir preguntas más allá del alcance de cualquier otra sub-área de la arqueología o historia. Aunque la pregunta de Schuyler (1979:202) “*¿es la arqueología histórica una técnica o una disciplina?*” aún no puede ser finalmente resuelta, los avances contemporáneos sugieren que realmente está emergiendo una disciplina distinta.

BIBLIOGRAFÍA

BARZUN, J. y H. GRAFF. 1970. *The Modern Researcher. Revised ed.* Harcourt, New York.

BINFORD, L. 1962. *Archeology as Anthropology*. *American Antiquity*, Vol. 28:217-225.

BRAIDWOOD, R. 1960. *Archaeologists and What They Do*. Franklin Watts, New York.

BROWN, I. 1978. Early 18th Century French-Indian Culture Contact in the Yazoo Bluffs Region of the Lower Mississippi Valley. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, Brown University, Providence. Ms.

BROWN, M. 1974. The Use of Oral and Documentary Sources in Historical Archaeology: Ethnohistory at the Mott Farm. *Ethnohistory*, Vol. 20:347-360.

CALVER, W. y R. BOLTON. 1950. *History Written with Pick and Shovel*. New York Historical Society, New York.

CARILLO, R. 1977. Archaeological Variability-Socio-cultural Variability. En SOUTH, S. (Ed.). *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 73-90.

CHEEK, A. 1974. The Evidence for Acculturation in Artifacts: Indians and Non-Indians at San Xavier del Bac, Arizona. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, University of Arizona, Arizona. Ms.

CLARK, G. 1954. *The Study of Prehistory*. Cambridge University Press, New York.

CLELAND, C. y J. FITTING. 1968. The Crisis in Identity: Theory in Historic Sites Archeology. *Conference on Historic Sites Archeology Papers*, Vol. 2, N° 2:124-138.

COTTER, J. L. (Ed.). 1958. *Symposium on the Role of Archaeology in Historical Research*. National Park Service, Washington, DC.

CUMBAA, S. 1975. Patterns of Resource Use and Cross-cultural Dietary Change in the Spanish Colonial Period. Tesis Doctoral. Department of Anthropology,

University of Florida, Gainesville. Ms.

DANIEL, G. 1967. *The Origins and Growth of Archaeology*. Penguin, Baltimore.

DEAGAN, K. 1974. Sex, Status, and Role in the Mestizaje of Spanish Colonial Florida. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. Ms.

_____. 1978. The Archaeological Investigation of First Spanish Period St. Augustine. *El Escribano*, Vol. 14:1-351.

_____. 1979. Self-awareness and Coming of Age in Historical Archaeology: Review of Schuyler's Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions. *Reviews in Anthropology*, Vol. 6, N° 3:365-372.

_____. 1980. Spanish St. Augustine: America's First "Melting Pot." *Archaeology*, Vol. 33, N° 5:22-30.

DEETZ, J. 1963. Archaeological Investigations at La Purisima Mission. *Archaeological Survey Annual Report*, Vol. 1962-1963: 165-209. University of California, Los Angeles.

_____. 1965. The Dynamics of Stylistic Change in Arikara Ceramics. *Illinois Studies in Anthropology*, No. 4. University of Illinois Press, Urbana.

_____. 1968. Late Man in North America: Archaeology of European-Americans. En MEGGERS, B. (Ed.). *Anthropological Archaeology in the Americas*. Anthropological Society of Washington, Washington DC. Pp. 121-130.

_____. 1970. Archaeology as a Social Science. Current Directions in Anthropology. *American Anthropological Association Bulletin* Vol. 3, N° 2:115-125.

_____. 1974. A Cognitive Model for American Culture: 1620-1835. En MOORE, C. (Ed.). *Reconstructing Complex Societies*. American School of Oriental Research, Chicago. Pp. 21-29.

_____. 1977a. *In Small Things Forgotten*. Anchor Books, Garden City.

_____. 1977b. Material Culture and Archaeology-What's the Difference? En FERGUSON, L. (Ed.). *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. Society for Historical Archaeology Special Publication No. 2, California.

_____. 1981. Resurrecting the Mining Community of Somerville: Mapping as a Research Strategy. Artículo presentado en the Society for Historical Archaeology Conference, New Orleans.

DEETZ, J. y E. DETHLEFSON. 1967. Death's Head, Cherub, Urn and Willow. *Natural History*, Vol. 76, N° 3:29-37.

DOLLAR, C. 1968. Some Thoughts on Method and Theory in Historical Archaeology. *Conference on Historic Sites Archaeology Papers*, Vol. 2, N° 2:3-30.

FAIRBANKS, C. 1956. The Excavation of the Hawkins-Davison Houses. *Georgia Historical Quarterly*, Vol. 40:213-229.

_____. 1962. Excavations at Horseshoe Bend, Alabama. *Florida Anthropologist*, Vol. 15, N° 2:41-56.

_____. 1972. The Kingsley Slave Cabins in Duval County, Florida, 1968. *Conference on Historic Sites Archaeology Papers*, Vol. 7:62-93.

_____. 1977. Backyard Archaeology as a Research Strategy. *Conference on Historic Sites Archaeology Papers*, Vol. 11:133-139.

FERGUSON, L. (Ed.). 1977. *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. Society for Historical Archaeology Special Publication No. 2, California.

_____. 1977b. An Archaeological-Historical Analysis of Fort Watson: December 1780-April 1981. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archeology*. Academic Press, New York. Pp. 41-72.

FLANNERY, K. 1973. Archeology with a Capital S. En REDMAN, C. (Ed.) *Research and Theory in Current Archeology*. Wiley, New York. Pp. 47-53.

FONTANA, B. 1965. On the Meaning of Historic Sites Archaeology. *American Antiquity*, Vol. 31:61-65. Reimpreso en 1979 SCHUYLER, R. (Ed.) *Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions*. Baywood, Farmingdale. Pp. 23-26.

GLASSIE, H. 1969. *Pattern in the Material Folk Culture of the Eastern United States*. Folklore and Folklife, Tomo 1. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

_____. 1975. *Folk Housing in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historical Artifacts*. University of Tennessee Press, Knoxville.

GOODYEAR, A. C. 1977. The Historical and Ecological Position of Protohistoric Sites in the State Mountains, South Central Arizona. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 203-240.

GRIFFIN, J. W. 1958. End Products of Historic Sites Archeology. En COTTER, J. (Ed.) *Symposium on the Role of Archaeology in Historical Research*. Pp. 1-6. Reimpreso en 1979 SCHUYLER, R. (Ed.) *Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions*. Baywood, Farmingdale. Pp. 20-22.

HALL, R. 1981. Varieties of Black Religious Experience in Florida, 1565-1906. Tesis Doctoral. Department of History, Florida State University, Tallahassee. Ms.

HANDLER, J. AND F. LANGE. 1978. *Plantation Slavery in Barbados: An Archaeological and Historical Investigation*. Harvard University Press, Cambridge.

HARRINGTON, J. C. 1952. Historic Sites Archeology in the United States. En GRIFFIN, J. B. (Ed.) *Archeology of Eastern North America*. University of Chicago Press, Chicago. Pp. 295-315.

_____. 1955. Archaeology as an Auxiliary Science to American History. *American Anthropologist*, Vol. 57:1121-1130.

_____. 1957. New Light on Washington's Fort Necessity. Eastern National Park and Monument Association, Richmond. Reimpreso en SCHUYLER, R. (Ed.) *Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions*. Baywood, Farmingdale. Pp. 91-138.

HAWKES, C. 1951. British Prehistory Half-way Through the Century. *Proceedings of the Prehistoric Society*, Vol. 17:1-9.

HONERKAMP, N. 1980. Frontier Process in Eighteenth-Century Colonial Georgia: An Archeological Approach. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. University Microfilms, Ann Arbor. Ms.

HOUSE, J. 1977. Survey Data and Regional Models in Historical Archeology. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 214-260.

HUDGINS, C. 1980. Every Man's House and Home: Archaeological Perspectives on the Mental Life of Earlier Generations (abstract). Simposio presentado en the Society for Historical Archaeology Meetings, Albuquerque.

IRWIN-MASON, C. 1963. Eighteenth Century Culture Change among the Lower Creeks. *Florida Anthropologist*, Vol. 16, N° 3:65-80.

KELLEY, A. R. 1939. The Macon Trading Post, An Historical Foundling. *American Antiquity*, Vol. 4, N° 4:328-333.

KIRKPATRICK, D. et al. 1980. Studies of Navajo Culture from Northwestern New Mexico. Simposio presentado en the Annual Meeting of the Society for Historical Archaeology, Albuquerque.

KLEIN, J. 1977. 20th Century Archeological Sites: Are They Eligible for the National Register? Artículo presentado en the Annual Meeting of the Society for Historical Archaeology, Ottawa.

KOCH, J. 1980. Mortuary Behavior Patterning in Colonial St. Augustine. Tesis de Maestría. Department of Anthropology, Florida State University, Tallahassee. Ms.

KROEBER, A. 1919. On the Order of Change in Civilization as Exemplified by Changes in Fashion. *American Anthropologist*, Vol. 21:235-263.

LEONE, M. 1973. Archaeology as the Science of Technology: Mormon Town Plans and Fences. En REDMAN, C. (Ed.) *Research and Theory in Current Archaeology*. Wiley, New York. Pp. 125-150.

_____. 1977a. The New Mormon Temple in Washington, D.C. En FERGUSON, L. (Ed.) *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. Society for Historical Archaeology Special Publication No. 2, California. Pp. 43-61.

_____. 1977b. Foreword. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 17-21.

LEWIS, K. 1977. Sampling the Archaeological Frontier: Regional Models and Component Analysis. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 151-202.

LOMBARD, P. 1953. *The Aptucxet Trading Post*. Bourne Historical Society, Bourne.

LOUCKS, L. J. 1979. Political and Economic Interactions between Spaniards and Indians: Archaeological and Ethnohistorical Perspectives of the Mission System in Florida. Tesis de Doctorado. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. Ms.

MAINFORT, R. C. 1979. Indian Social Dynamics in the Period of European Contact. *Publications of the Museum*, Michigan State University, Vol. 1, N° 4:269-418.

MANUCY, A. 1978. Toward Recreation of 16th century St. Augustine. *El Escribano*, Vol. 14:1-5.

MONTGOMERY, R., W. SMITH, y J. BREW. 1949. Franciscan Awatovi. Papers of the Peabody Museum, Harvard University, Vol. 36.

MUDAR, K. 1978. The Effects of Socio-Cultural Variables on Food Preferences in 19th century Detroit. *Conference on Historic Sites Archaeology Papers*, Vol. 12:323-391.

NÖEL HUME, I. 1964. Archaeology: Handmaiden to History. *The North Carolina Historical Review*, Vol. 41, N° 2:215-225.

_____. 1969. *Historical Archaeology*. Knopf, New York.

OTTO, J. S. 1975. Status Differences and the Archeological Record: A Comparison of Planter, Overseer and Slave Sites from Cannon's Point Plantation (1794-1861), St. Simon's Island, Georgia. Tesis de Doctorado. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. Ms.

_____. 1977. Artifacts and Status Differences; A Comparison of Ceramics from Planter, Overseer, and Slave Sites on an Antebellum Plantation. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 91-118.

_____. 1979. *A New Look at Slave Life*. *Natural History*, Vol. 88, N° 1:8-30.

POE, C. 1979. The Manifestation of Status in 18th Century Criollo Culture in Colonial St. Augustine. Artículo presentado en the Annual Meeting of the Society for Historical Archaeology, Nashville.

PRICE, C. y J. PRICE. 1978. Investigation of Settlement and Subsistence Systems in the Ozark Border Region of Southeast Missouri during the First Half of the Nineteenth Century. Artículo presentado en the Annual Meeting of the Society for Historical Archaeology, San Antonio.

RATHJE, W. 1977. In Praise of Archaeology: Le Projet du Garbage. En FERGUSON, L. (Ed.) *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. Society for Historical Archaeology Special Publications No. 2, California. Pp. 36-42.

RATHJE, W. y M. MCCARTHY. 1977. Regularity and Variability in Contemporary Garbage. In SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 261-286.

REITZ, E. 1979. Spanish and British Subsistence Strategies at St. Augustine, Florida and Frederica, Georgia, between 1563 and 1783. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. Ms.

ROWE, J. H. 1965. The Renaissance Foundations of Anthropology. *American Anthropologist*, Vol. 67, N° 1:1-20.

SCHIFFER, M. 1976. *Behavioral Archaeology*. Academic Press, New York.
_____. 1977. Toward a Unified Science of the Cultural Past. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archeology*. Academic Press, New York. Pp. 13-40.

SCHIFFER, M. AND G. GUMERMAN (Eds.). 1977. *Conservation Archaeology*. Academic Press, New York.

SCHUYLER, R. 1970. Historical and Historic Sites Archaeology as Anthropology: Basic Definitions and Relationships. *Historical Archaeology*, Vol. 4:83-89.
_____. 1976. Images of America: The Contribution of Historical Archaeology to National Identity. *Southwestern Lore*, Vol. 42, N° 4:27-39.
_____. 1977. The Spoken Word, the Written Word, Observed Behavior and Preserved Behavior: The Contexts Available to the Archaeologist. *Conference on historie Sites Archaeology Papers*, Vol. 10, N° 2:99-120.
_____. (Ed.). 1979. *Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions*. Baywood, Farmingdale.
_____. (Ed.). 1980. *Archaeological Perspectives on Ethnicity in America*. Baywood, Farmingdale.

SHEPHARD, S. 1975. The Geronimo de Hita y Salazar Site: A Study of Criollo Culture in Colonial St. Augustine. Tesis de Maestría. Department of Anthropology, Florida State University, Tallahassee. Ms.

SINGLETON, T. 1980. The Archaeology of Afro-American Slavery in Coastal Georgia: A Regional Perception of Slave Households and Community Patterns. Tesis de Doctorado. Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville. Ms.

SMITH, G. H. 1939. Excavating the Site of Old Fort Ridgely. *Minnesota History: A Quarterly Magazine*, Vol. 20, N° 2:146-155.

SMITH, H. C. 1948. Two Historical Archeological Periods in Florida. *American Antiquity*, Vol. 13, N° 4:313-319.

SOUTH, S. 1972. Evolution and Horizon as Revealed in Ceramic Analysis in Historical Archaeology. *Conference on Historic Sites Archaeology Papers*, Vol. 6:71-116.

_____. 1977. *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press, New York.

STEPHENSON, R. 1977. A Strategy for Getting the Job Done. En SOUTH, S. (Ed.) *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York. Pp. 307-321.

SWANNACK, J. 1975. Mission-Oriented Agencies: Means and Ends of Historic Sites Archaeology. *Historical Archaeology*, Vol. 9:80-81.

WALKER, I. 1967. Historical Archaeology-Methods and Principles. *Historical Archaeology*, Vol. 1:23-34.

WEBSTER, D. 1974. On the Digging of Potteries. *Antiques*: 430-433.

WILLEY, G. y J. SABLOFF. 1974. *A History of American Archaeology*. Freeman, San Francisco.

YOUNG, A. 1841. *Chronicles of the Pilgrim Fathers*. A Young, Boston.

